

NOTAS SOBRE MANUEL JOSE

O T H O N

Por Manuel CALVILLO

En 1892 y en un poema dedicado, Othón escribía:

Yo creo que las notas tienen colores
y que tienen perfume las armonías.
La luz canta en el iris; el pentagrama
es de cintilaciones inmenso prisma,
y el alma de las rosas y los jazmines
sobre todo sonido flota y palpita.

El poema concluye:

el espacio se inunda de luz y aromas
cuando sobre las teclas tu mano vibra.

Antes, aparecen "pardas y tristes" armonías de Beethoven y Schuman, etc. Diez años después publicaba Othón los *Poemas rústicos*, y escribía el *Idilio*.

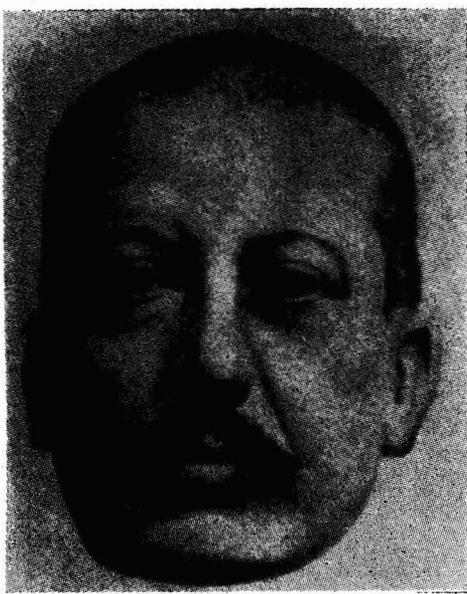
Othón venía de un apasionado romanticismo, para llegar, deliberada pero no ortodoxamente, a sus profesiones de fe clásicas ante los modernistas. No obstante, en el camino descubrió que "las notas tienen colores y que tienen perfume las armonías". La novedad no era tanta, si en sus lecturas de los clásicos españoles se había encontrado con los "relámpagos de risas carmesíes" de Quevedo. Pero si Othón un día se complació, sin rubor, en los colores de las notas y los perfumes de las armonías, en verdad no incurrió en ello más tarde. En un soneto aislado, *Flos-Mors*, imitará no a Darío sino al *rubenismo*, aunque la clara intención como ejercicio retórico la absuelva.

Quizá es cierto que al poeta todos los caminos lo llevan a la poesía, y el del modernismo fue el nuevo camino de los mejores entre los nuestros. Pero Othón se apartaba de él en irritadas declaraciones. Su camino fue solitario, y lo siguió siempre la más cordial atención de los descarriados modernistas, a los que no alteraba la profesión de fe othoniana. Se vivía en el auge de tales manifestaciones, y las del poeta irreductible no impidieron que la *Revista Moderna* inaugurara el siglo publicando la *Noche rústica de Walpurgis*. Mas Othón, minucioso y lúcido en su poesía, no lo fue, en cambio, cuando se propuso hablar de su teoría poética. Concluyente en lo que negaba —el modernismo—, no es aventurado decir que por motivos previos de gusto nunca se asomó a él sino como a un incongruente tumulto verbal. Si su actitud era gratuita en esto, resultaba también pueril cuando, en las palabras "Al lector", de *Poemas rústicos*, declaró: "...hace veinte años he sacudido, o al menos, he procurado sacudir todo ajeno influjo." Asombra la declaración y, más aún, que el propósito tuviese una vida de veinte años. No ser modernista no pudo llevarlo a ser extraño al modernismo. Menos inválida, y nada precisa, era su exigencia de que "no debemos expresar nada que no hayamos visto, nada sentido o pasado a través de ajenos temperamentos", para no engañar ni engañarse a sí mismo. Con igual decisión, ahora de manual apologetico, ve el arte como religión, "en cuanto a Belleza y en cuanto a Verdad, como uno de los vínculos, acaso el más fuerte, que nos liga con la eterna Verdad y la Belleza infinita...", etc., etc.

De traducir la poesía de Othón tales manifiestas nociones, no recordáramos hoy la fecha de su nacimiento. Tampoco vamos a su obra para disfrutar de "una de las más robustas poesías americanas de

estos últimos tiempos", según palabras de Amado Nervo, el sensible cantor de *La hermana agua*.

Ni la robusta poesía americana, que Nervo admira ni el "vínculo con la eterna Verdad y la Belleza infinita", a que aspira Othón, es lo que nos ofrece su poesía. Ni esto, ni lo que vagamente se exalta en el centenario de su nacimiento. De la robustez de la poesía americana se hizo cargo, hace medio siglo, Santos Chocano; el incipiente vínculo con la verdad y la belleza eternas, más que el propio Othón, era el melifluo Amado Nervo quien lo intentaba.



Othón — "un poeta insobornable"

Pero si Othón, en su sincero afán religioso, en su solitaria rebeldía, podía honestamente engañarse a sí mismo, no pudo, en cambio, engañarnos. Sus inocentes y ambiciosos ideales, casi siempre traducidos en el poema en formas exclamativas, se revelan vanamente retóricos y adicionales. La realidad poética subyacente no pudo ser enmascarada por sus previas intenciones "teóricas": Esa realidad, y la imagen simple de ella, expresada en un idioma sin artificios y de ejemplar dignidad, es lo que disfrutamos, a veces con singular asombro.

Rebelde y honesto, y sin saberlo del todo, consumaba en el poema un acto bien difícil de justicia, porque, y no le fue necesario declararlo y ni siquiera saberlo, el primer deber de la conciencia poética se cumple en un acto de justicia con las palabras. El previo propósito de veracidad, la primera verdad comunicable, el primer testimonio inteligible, se ofrecen en la palabra. Si la palabra es testimonio de la poesía, si la poesía es incondicional expresión de un sentido original y libre, el poeta sólo puede ser fiel a la conciencia, no teórica sino *a priori*, de su inexcusable vocación.

Una palabra, esta palabra y no otra, y siempre cada palabra, sin sinónimos posibles, se integran y son el sentido del poema. Únicas, insubstituíbles, como los objetos de la piedad, del amor, y sus nom-

bres propios, llegan a ser ellas mismas, recreadas ahí hacia una suerte de eternidad. Sólo en la poesía asistimos a esa sublimación del lenguaje, a una redención de palabras abrumadas de cotidiana banalidad, aun de la banalidad en los hábitos poéticos.

Se hace justicia a las palabras al preñarlas de un original sentido —original como auténtico—, rescatándolas de la inercia retórica. El poema mismo, testimonio sobre algo, sólo es posible si se cumple con ello.

Honesto y rebelde, Othón, en sus ambiciosos e inocentes propósitos, hacía justicia a las palabras, limpia y simple justicia, tal que llegaba a restituirles, en el poema y sobre la retórica, su significado directo. En una especie de mutación inversa, insólita, las reintegraba a decir lo que ellas decían, antes de que la metáfora en los usos literarios las tornasen ambiguas.

Las palomas zurean en el nido;
entre las hojas de la verde caña
se escucha el agudísimo zumbido
del insecto apresado por la araña;
las ramas quiebranse al ligero
salto de las ardillas; su chasquido
a unirse va con el golpeo bronco
del pintado y nervioso carpintero
que está en el árbol taladrando el
tronco...

No siempre practicó esta extraña virtud, pero dejó en su poesía testimonio cierto de esta especie de humilde magia blanca.

No un gran poeta, siempre un noble poeta; no un virtuoso sino un poeta justísimo, y siempre un poeta insobornable. Volvemos a él, a disfrutar de su poesía veraz, del paisaje más nuestro, de su solitario monólogo, de su testimonio quizá por diáfano más sabio, el testimonio de quien al volver a sí, en su propia historia de hombre vivo, trasmuta el paisaje en algo más que el escenario en que vive su último drama.

BARBARIE, INGENIO Y HEROISMO

LA EJECUCIÓN de Imre Nagy y tres de sus asociados constituye un acto de barbarie. el comunicado húngaro relata los cargos, las pruebas y las sentencias, entraña una cruel bufonería que no engañará a nadie. El que estos cuatro valientes se hayan rehusado a confesar es, por cierto, la mejor garantía de su inocencia. Al menos en la era post-staliniana, el desviacionista político en los países comunistas generalmente vale más vivo que muerto —con tal que confiese. Y si el acusado es ingenioso puede aún, algunas veces, hacer de su confesión una broma. George Faludi, el poeta húngaro, obtuvo en 1947 una condena de sólo seis años de prisión, después de confesar que había servido como espía de los Estados Unidos, bajo la dirección del General Edgar Allan Poe, del Coronel Walt Whitman y del Capitán Henry Thoreau. Paul Ignoutus escapó de la sentencia de muerte al firmar una declaración en la cual confesaba haber militado en el Servicio Británico de Inteligencia, bajo las órdenes del General B. Loody Lie (Bloody lie significa en inglés, aproximadamente, Cochina mentira). Hay medios de salvar la vida evitando el deshonor. Pero Nagy y sus asociados, ni siquiera para salvar la vida quisieron facilitar el trabajo de sus verdugos. Honre el mundo a estos cuatro hombres valientes: Imre Nagy, Miklos Gimes, Pal Maleter y Jozef Szilagyí.

(Traducido de *The Nation*, N. Y., 28 de junio.)